

ENTRE DOS COLOSOS

Cual quiera que sea la salida que al fin se encuentre a esa situación, sombría y, además, ensangrentada, en que se ve sumida la potencia con la mayor población del mundo, a causa de esa prolongada «gran revolución cultural proletaria» que algunos observadores están seguros que representa ante todo el comienzo del fin de la era maoista, son muy pocos ya los motivos que tienen los dos colosos que se encuentran ocupando posiciones—geográficas y algo más—a uno y otro lado para sentirse tranquilos. Para el futuro, que bien pudiera acercarse al galope, más bien que para el presente. Pero sin que el estado de cosas actual, de ahora mismo, deje de ser ya un motivo de seria y honda preocupación.

Es verdad que cualquiera que sea el desenlace de lo que se parece mucho a una guerra civil, China produce la impresión de haber entrado de lleno en un período de transición. Y que, en consecuencia, a su terminación pudiera estar la solución a las dificultades actuales en forma capaz de alterar profunda y anchamente a la vez el cuadro de las relaciones, que de una manera y otra sólo puede ser de interés vital, quizá decisivo, para una y otra de esas superpotencias que se encuentran desplegadas a lo largo de sus flancos y, por tanto, constriñendo, sujetando, conteniendo lo que es una de las fuerzas más características de toda situación revolucionaria: la necesidad o el impulso expansivo en todas las direcciones y en todos los campos, el físico y el mental, el geográfico y el intelectual, el pragmático y el ideológico.

La guerra del Vietnam, por un lado, y la rapidez con que la Unión Soviética se ha aprestado, por el otro, a reforzar y aumentar las posiciones militares a lo largo de una frontera de miles de kilómetros de extensión, es una demostración inconfundible de que las ambiciones—para ella son quizá necesidades—expansivas de China no podrán encontrar facilidades de ninguna clase para su

desarrollo. Ante una actitud que busca establecer, que está estableciendo, barreras formidables contra la tendencia a la expansión física de la revolución—y el poder material—de Mao Tse-Tung, y ante los graves, en ocasiones tremendos, reverses sufridos por las posiciones de influencia política, incluso material también, e ideológica, ¿qué es lo que queda?

Queda un recurso, también característico, de situaciones esencialmente revolucionarias como esta de China, como la de Rusia hace medio siglo: la creación y desarrollo de un gran aparato militar. Esto es, precisamente, lo que se ha puesto muy de actualidad con esa explosión atómica, la quinta en poco más de dos años, que es confirmación de la prisa que tiene China por convertirse en una potencia nuclear y de la velocidad impresionante con que avanza ya hacia el alcance de la codiciada meta.

Diferencias fundamentales.

Situada como está entre dos colosos, China no tiene abiertos caminos relativamente fáciles para la expansión. Nada comparable, en cualquier caso, a la situación en que se encontró la Unión Soviética, tanto después del triunfo de la Revolución de octubre, que pronto va a cumplir su primer medio siglo de historia, como después de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de las grandes, a menudo resueltas, movilizaciones dispuestas para cortar el paso a lo que el establecimiento, en un principio de un «cordón sanitario», desembocó en la comparación fácil con una infección, las perspectivas nunca fueron realmente desalentadoras. Al proyectar la atención hacia un pasado, todavía reciente, lo cual facilita mucho, sin duda, una conveniente reconstrucción de hechos y situaciones, es posible encontrarse con demostraciones abundantes de lo estéril de una tarea como la que entonces se emprendió. Y con algo especialmente tentador también: la insinuación por lo menos de que hay una cierta analogía de fondo entre la situación en que en algunos momentos, en apariencia críticos, se encontraba la revolución bolchevique y la situación en que ahora mismo se encuentra el Vietnam del Norte, sin nada que ganar más que la continuada existencia de un regimiento revolucionario todavía lo suficientemente joven para sentirse ligado al ambiente en que se formó, luchó y al fin triunfó, pero también sin nada que perder más que esa misma existencia.

En circunstancias así la lucha suele alcanzar unas dimensiones en las que

no ha podido pensar una potencia que se ha ido formando y desarrollando en condiciones radicalmente diferentes y con una tendencia abrumadora, irresistible, a conceder al poder material atributos y propiedades de un valor absolutamente definitivo.

Son consideraciones así las que parecen dar una significación especial —ominosa también— a la situación a que se ha llegado en el momento en que China, en los días finales de 1966, llevó a cabo la quinta de sus pruebas con armas atómicas. La última de una serie de experiencias que empezaron en octubre de 1964 y en las que siempre se ha querido observar alguna característica nueva de la suficiente importancia para acentuar primero, confirmar después, la impresión, un poco aterradora, de que China se encuentra haciendo avances de espectacular rapidez no sólo en el desarrollo de las armas nucleares, sino en el de los vectores también.

La cuarta prueba, realizada un par de meses antes, fue con una carga atómica colocada en un proyectil, que no se sabe a ciencia cierta si era dirigido o balístico, aunque se tiene la impresión de que ha sido más bien de esta última clase. Muy distinto, por tanto, a los proyectiles dirigidos, especie de aviones sin piloto, con instrumentos automáticos de navegación, que se han quedado anticuados con mucha rapidez, antes incluso de haber alcanzado un alto grado de desarrollo. Los proyectiles balísticos ofrecen posibilidades mucho mayores y seguridades mucho más prometedoras también. Aunque en esto, como en todas las manifestaciones de la actividad humana, no se haya alcanzado todavía un grado de perfección absoluta.

Bien se trate de un proyectil dirigido o de un proyectil balístico, resulta evidente que en el proceso de verse convertida en una potencia nuclear, China no sólo está haciendo grandes, fantásticos progresos, sino que está dando también saltos que le permiten pasar por encima de etapas en las cuales se habían entretenido necesariamente, con grandes inversiones de dinero y de tiempo, otras potencias que siguieron con anterioridad el mismo camino. Al tiempo que se desarrollaba un tipo de bomba atómica lo suficientemente «miniaturizada» para ser colocada en el morro de un proyectil que pudiera tener un alcance, en condiciones óptimas, del millar y medio de kilómetros, que en este caso pudo haberse quedado en la mitad o quizá algo menos— a causa de la carga que pudo significar un sacrificio necesario en la capacidad para cubrir una distancia mayor—, se producía también un vehículo nuevo, característico de la era atómica, para su posible traslado hacia un objetivo.

Las tres ejes.

Si esto significa un salto formidable hacia adelante, grande—algunos observadores lo consideran asombroso—, ha sido el paso que se dio entre la cuarta y la quinta explosiones atómicas chinas. En los análisis de los residuos radiactivos, que permiten, incidentalmente, llegar a conclusiones muy precisas sobre la naturaleza y características de una carga nuclear que hubiese hecho explosión en la atmósfera, se han querido encontrar indicios inconfundibles de que, por rudimentaria que fuese su fabricación, había sido una bomba del tipo llamado de «3 F». Es decir, la bomba más «sucias» de todas las conocidas hasta ahora y capaz también, al menos en potencia, de desarrollar una energía explosiva—devastadora—prácticamente ilimitada.

Reducida su descripción a términos muy simplificados, una bomba «3 F» es una bomba de fisión-fusión-fisión, en la que el corazón, la potencia percutora, es de U-235 (uranio-235), con una envoltura formada por materiales termonucleares, litio 6, por ejemplo, por fuera de todo lo cual está una tercera envoltura, ésta de U-238.

Mientras que el U-235 entra de manera espontánea en la fase de la reacción—explosión—tan pronto como se alcanza una «masa crítica», el U-238 reúne grandes condiciones de estabilidad y es, por tanto, muy resistente a la reacción. Cuando explota bajo la acción irresistible de una afiuencia extraordinaria de neutrones generados en el proceso de fusión de una bomba termonuclear, las consecuencias son espectaculares y aterradoras.

No sólo por haberse aumentado mucho la potencia explosiva de la bomba, sino por la cantidad de partículas radiactivas que sale de semejante explosión, algunas de ellas de una media vida de larga duración y, en consecuencia, tanto más peligrosas, puesto que se corre el peligro, además de producir un grave quebranto en vidas y bienes en la zona más directamente afectada por una explosión de esta clase, de dejarla largamente en condiciones tales que suponen un riesgo muy grave para cualquier forma de vida que pudiese acercarse desde el exterior.

Esto es lo que en lenguaje corriente se describe como una bomba «dopada» o una «superbomba», y para cuya fabricación serían indispensables dos cosas: una gran preparación tecnológica—la científica se da por descontada—y el disponer de medios y recursos abundantes a la vez que muy altamente desarrollados.

Son estos dos aspectos fundamentales de la cuestión lo que ha explicado

—acaso en su día justificado—la actitud de cierta indiferencia con que se ha visto, por lo menos en los Estados Unidos, el interés y afán avidentes que China venía poniendo, desde hace algunos años, en el desarrollo de su propia potencia nuclear. De nuevo se cometió el error que antes se había cometido, cuando los Estados Unidos ocupaban una posición de total monopolio en el campo de las actividades nucleares ya desarrolladas, hasta el punto de entrar en posesión de las armas atómicas, al pensar que habrían de pasar necesariamente un buen número de años, diez, acaso quince, más posiblemente, antes de que la U. R. S. S. entrase en posesión de un arma parecida.

Potencia nuclear.

Cuando ya se había anunciado en los Estados Unidos que era inminente una nueva prueba nuclear china—la quinta—, el propio secretario de Defensa, Robert S. McNamara, habló en actitud que acusaba optimismo del convencimiento de que aún quedaban años, diez por lo menos, antes de que China pudiera convertirse en una potencia nuclear. (En la terminología moderna, para ser una potencia nuclear se necesita algo más que estar en posesión de la bomba atómica, algo relativamente fácil ya, sobre todo en el caso de tratarse de una bomba de plutonio: hace falta dominar de una manera total la tecnología de la fabricación de las armas nucleares, incluida la bomba H, por supuesto, de su miniaturización y de la construcción de los vehículos adecuados para su transporte, hasta alcanzar objetivos a larga distancia, los proyectiles balísticos de un radio de acción auténticamente intercontinental. No es probable, no es posible más bien, que China llene estos requisitos fundamentales de manera satisfactoria para haber alcanzado ya el rango de superpotencia nuclear, pero apenas es posible dudar de una cosa, que está camino de lograrlo y marchando por él a una velocidad que hace sólo unos pocos meses hubiera parecido increíble.)

Con las demostraciones que ha hecho China en estos últimos tiempos—una de ellas tan extraordinaria como la sensación de seguridad que produjo la decisión de haber colocado una carga nuclear en un proyectil, balístico o dirigido, lo que en la U. R. S. S. se tardaron doce años en acometer, por el riesgo que podía suponer una desviación en el curso del proyectil o un error de cálculo en la distancia proyectada—hay motivos más que suficientes para llegar a la conclusión de que, desde un punto de vista práctico, China es ya una potencia nuclear.

Eso que está embutida literalmente entre dos colosos que hasta ahora podría producir en ella la sensación de una camisa de fuerza capaz de paralizar y destrozar incluso cualquier movimiento significativo de expansión, en la dirección que fuese—no es posible encontrarse por la periferia de China, tierra o agua que no sea de la soberanía directa de una de esas dos superpotencias o zona directa de su influencia—, produce la impresión de encontrarse en condiciones, ahora mismo si eso fuese necesario, de ejercer presión en forma muy distinta a como su capacidad para hacerlo pudo haberse manifestado en el pasado. Todo lo que por la periferia de China pudiese ser considerado como el campo lógico de expansión en un futuro inmediato, acaso también de reivindicación histórica, que habría de afectar de una manera muy especial a la Unión Soviética, está ya al alcance de un poder atómico nuevo tal y como se encuentra en estos instantes precisos. Por el lado de las bombas, que un especialista norteamericano, el doctor Ralph Lapp, que después de tener una intervención decisiva en las tareas que pusieron a los Estados Unidos en posesión de la primera bomba atómica no ha dejado de tener un interés constante por estas cuestiones, hace subir a un mínimo de cincuenta, y por el de los medios—vectores—de enviarlas contra un objetivo.

Un Gobierno atómico.

La situación en que se encuentran ya esos dos colosos acentúa mucho la sensación de impotencia en que acaba traduciéndose una potencia de tal modo desmesurada que lleva con facilidad a la conclusión de que su aplicación, incluso en un caso necesario, posiblemente en un caso desesperado, empieza a parecer una imposibilidad, ni más ni menos. Lo que ha venido sucediendo desde el comienzo de la era atómica, a pasos que ganan en rapidez, en apresuramiento incluso, siempre que una potencia con recursos y decisión indispensables intenta reproducir y acaso mejorar lo que es ya la experiencia práctica de otra, ha recibido una acentuación especial y un poco agobiadora con esas dos últimas pruebas atómicas chinas.

Y ha venido también a calcarse a la manera de una nota de angustia, acaso de esterilidad, con cosas como ese llamamiento reciente de Arnold Toynbee para hacer frente a una situación sin precedentes con una solución sin precedentes, la formación de «un Gobierno atómico rusionorteamericano», que habría de estar resuelto, por los medios y circunstancias que fuesen, a impedir «la diseminación de las armas nucleares y detener las guerras». Acaso

así fuese aún posible «salvar a la humanidad un aniquilamiento que es en adelante probable».

No hay—¿hace falta decirlo?—la menor posibilidad de que una petición como esta, sea, hoy por hoy, objeto de atención favorable. Pero sería imprudencia tal vez pasar de aquí a la conclusión de que la situación bien podría ser mucho menos crítica de lo que necesitaría ser para que se pudiese tomar una decisión de esa naturaleza.

A pesar del peligro que supone para cada uno de los dos colosos que le sirven de flanco ese desarrollo apresurado—pero no necesariamente atolondrado—de la potencia nuclear de China, ¿qué es lo que pueden hacer tanto la U. R. S. S. como los Estados Unidos?

Pensar en la posibilidad, sólo en la posibilidad, de que los Estados Unidos y la U. R. S. S. pudiesen ponerse de acuerdo para acometer semejante empresa, apenas podría ser otra cosa que, como se dice en inglés, caer en el *wishful thinking*, es pensar nada más, en definitiva, que en lo que se desea. Esta manera de pensar, un poco nostálgica—porque hace referencia, sin duda, aun en el caso de no ser esa la intención, al punto, que se ha dejado atrás sin remedio, en que los Estados Unidos hubieran podido imponer, intentar imponer en cualquier caso, su voluntad a los demás al precio de una devastación nuclear sin la menor posibilidad de represalias materiales—, apenas sirve para otra cosa que el acentuar y extremar la sensación de gravedad de estos momentos en que China está en la fase avanzada del proceso de conversión en potencia nuclear.

Esto quiere decir, en un sentido práctico, inmediato, que China está en posición de resistir cualquier posible acto de intimidación y que al mismo tiempo está avanzando con extremada rapidez hacia posiciones desde las cuales poder entregarse ella a actos de intimidación en sus relaciones con los demás. En el caso, es decir, de considerar esto necesario y conveniente para el desarrollo de una política exterior que pudiera estar entrando en una fase peligrosamente nueva.

Diferencias básicas.

El hecho de que sea por el Occidente, por los Estados Unidos en particular, por donde esté más en evidencia el temor o la impaciencia a las consecuencias posibles de una situación como la que ha de surgir necesariamente de la realidad de verse China convertida en la tercer superpotencia nuclear, pudiera

conducir a conclusiones acaso equivocadas. Del estado de preocupación, quizá de alarma ya, que domina en Moscú, pudiera ser una demostración efectiva esa sorprendente movilidad de los miembros del Buró Político, encargados de la misión de establecer contacto directo con las organizaciones del Partido Comunista en las repúblicas federadas, en las regiones autónomas y con las organizaciones regionales y hasta de base en muchos casos. La explicación del fenómeno, que sólo se produce en circunstancias excepcionales, es relativamente fácil: informar sobre la naturaleza y dimensiones de unas diferencias que se han puesto de manifiesto en los días de Jruschev en el Kremlin y que no han dejado de aumentar y agrandarse desde entonces.

El fondo de la cuestión es, sin duda, de mucha mayor gravedad. Y la alusión, frecuente ya, a los sueños y delirios de un «chauvinismo» de gran potencia de que se acusa a China, apunta en la dirección de la presencia, por lo menos, de un peligro que no tiene bastante con fortificarse en posiciones que se aseguran son de gran pureza ideológica. Están planteadas cuestiones no menos importantes—acaso en el actual estado de cosas y tensiones de mucha mayor importancia—, como las derivadas del hecho de que el Partido Comunista chino es ahora la expresión misma del poder y las ambiciones de una gran potencia, que no sólo aspira a ocupar una posición de primer orden en el concierto internacional, sino que tiene también ambiciones y reivindicaciones que chocan o amenazan con chocar con las posiciones, los intereses y las ambiciones de otras potencias.

Es de suponer—hay motivos sobrados para pensar en ello—que el Gobierno soviético, un Gobierno de comunistas, por supuesto, está seriamente preocupado no sólo por la situación a que se ha llegado en China, sino por esa tendencia alarmante que tiene a evolucionar con mucha rapidez y en sentido francamente desfavorable, tanto para la U. R. S. S. como para los Estados Unidos. Pero la manera de conducirse, de actuar, del Gobierno soviético es más sosegada, más sigilosa, que la habitual en los Estados Unidos.

La explicación está, sin duda, en el sistema, tan distinto en un caso y en el otro. Mientras que en la U. R. S. S. se produce siempre la impresión de que la iniciativa arranca en todo momento del Gobierno, de la dirección del Partido Comunista en realidad, en los Estados Unidos es frecuente encontrarse con situaciones en las que parece, por lo menos, que el Gobierno se ve forzado a actuar, a tomar decisiones, como consecuencia y en respuesta a lo que se ha convertido en un clamor nacional.

Debilidad aparente.

En los días de la guerra fría era tal el ambiente popular de inquietud y alarma que casi cualquier cosa hubiera sido posible, incluso una guerra preventiva y punitiva contra la Unión Soviética. En la situación de ahora, es menos fácil llegar a conclusión definitiva por haberse introducido en la cuestión un factor especial, la guerra del Vietnam y la forma en que se ha venido desarrollando, que o no ha sido bien explicada o no ha sido bien comprendida, y, en consecuencia, deja a muchos, acaso a una mayoría de los norteamericanos, con la sensación amargamente incómoda de que pudiera ser una guerra injusta. Esto coloca, para empezar, a los Estados Unidos en una posición inicialmente débil, por lo menos desde un punto de vista moral y, por tanto, desfavorable.

Esta situación de debilidad aparente se acentúa ante la insistencia reiterada de los Estados Unidos en llegar a un acuerdo con la Unión Soviética capaz de producir la sensación, por lo menos, de que las dos potencias nucleares que han alcanzado posiciones de un relativo—acaso eficaz, a pesar de todo—equilibrio, aunque sea el equilibrio del terror, pueden llegar en caso necesario a la decisión de imponer, en el caso de que la negociación no diese resultado, la aceptación efectiva de un acuerdo de no proliferación de las armas nucleares.

Acaso sea una aspiración completamente irreal, absurda. Por la acción de fuerzas poderosas, que tienden a separar más bien que acercar a las dos superpotencias, con todo el resto del mundo convertido en el campo de acción y disputa de sus ambiciones hegemónicas, y también porque a pesar de esas condiciones de equilibrio a que se ha llegado, siempre hay—se cree que hay—diferencias importantes, y capaces en un momento, de actuar en un sentido o en otro, en el caso de advertirse su presencia a tiempo y de sacarse de ella el oportuno partido.

Los Estados Unidos especulan ampliamente con lo que parece ser la realidad de una situación que se ha convertido en una amenaza seria para la Unión Soviética a través, para empezar, de vastas regiones siberianas, que han sido en otros tiempos territorios de soberanía china más o menos real y efectiva. Pero quizá el mucho hincapié puesto en este aspecto de la cuestión les mueva a considerar sólo superficialmente un aspecto acaso fundamental de la cuestión. Que la Unión Soviética ocupa de una manera real, efectiva y soberana, todo el territorio que por el continente asiático se encuentra al norte de la

frontera de China y que, además, este territorio no sólo se encuentra en un estado de industrialización y aprovechamiento económico que coloca a sus habitantes muy por encima, por término medio, de los que pueblan los territorios chinos fronterizos, lo cual pudiera convertirse en un motivo de atracción y de captación tal vez, pero difícilmente, de conquista.

Y, más importante todavía, la situación de la U. R. S. S. sería, en el caso puramente hipotético de conflicto, especialmente fuerte, por encontrarse ocupando posiciones defensivas.

Por el otro lado, los Estados Unidos, que han vuelto ahora la atención, al cabo de los años, a lo que se pudiera considerar como un amor antiguo—la actitud recelosa con que los Estados Unidos miraron a lo largo de la mayor parte de su historia, y de manera muy especial durante casi todo el siglo XIX, no menos que en la parte del anterior que siguió a la guerra de la independencia, hacia Europa facilitó por lo menos el desarrollo de poderosas corrientes de expansión en la dirección contraria, primero hasta llegar a la costa del Pacífico, después Pacífico adelante, donde están, situación acaso significativa, los primeros jalones, de lo que con el tiempo se convirtió en una política genuinamente imperial—, se encuentran ocupando posiciones por el flanco de China que no ofrecen la misma sensación de fortaleza y seguridad. Y no sólo por tener al Pacífico de por medio, acaso más bien un factor de fuerza y seguridad que de cualquier otra cosa para una potencia como los Estados Unidos, sino más bien por la naturaleza y características de la presencia real de los Estados Unidos por esa parte del mundo.

Mientras a los rusos les bastaría, posiblemente, con «sellar» unas fronteras, que difícilmente podrían ser, en las circunstancias actuales, desbordadas por otros medios que los esencialmente militares, la situación por el lado donde la presencia norteamericana está en evidencia es muy diferente y, en ocasiones, acaso inquietante también. Esto, la presentación nada más de una de las cuestiones de mayor interés y trascendencia de nuestro tiempo, basta para pensar en la importancia—el peligro también—que tiene el ver a China convertida en una potencia nuclear.

JAIME MENÉNDEZ.